



LAS LÍNEAS MAESTRAS DE LA EXHORTACIÓN *VITA CONSECRATA*

ENERO 2022 – 19º LÍNEA MAESTRA

Vida de especial misión¹

Tanto en la vida de la Iglesia como en la vida de cada consagrado, la consagración y la misión están íntimamente relacionadas: «Se debe afirmar que *la misión es esencial a todo Instituto*, no solo para los de vida apostólica activa, sino también para los de vida contemplativa» (VC 72a). «Se puede entonces decir que *la persona consagrada está “en misión” en virtud de su misma consagración testimoniada según el proyecto del propio Instituto*» (VC 72b; cf. 25a).

Como Cristo, «que *es al mismo tiempo el consagrado para gloria del Padre y el enviado al mundo para la salvación de los hermanos y hermanas*» (VC 72c), así la Iglesia, por su naturaleza, es al mismo tiempo santa y misionera. Los consagrados, según el Concilio, están unidos de manera especial a la Iglesia y a su misterio (cf. LG 44) que es misterio de santidad y de misión salvífica. Ellos participan de modo especial, de la santidad de la Iglesia (cf. LG 42) y participan coherentemente también de modo especial, en su misión salvífica.

Desde el punto de vista bíblico y teológico, la profesión de los consejos evangélicos determina tanto la consagración como la misión de las personas que son al mismo tiempo consagradas y misioneras. La misión no consiste solamente, ni principalmente, en la actividad de las obras exteriores. Testimoniar auténticamente los valores evangélicos esenciales de la vida consagrada es ya llevar adelante una misión eclesial indispensable. «En realidad *la misión apostólica, antes que en la acción, consiste en el testimonio de la propia dedicación plena a la voluntad salvífica del Señor*» (VC 44b). «*La misión en efecto, antes que caracterizarse por las obras exteriores, se explicita en el hacer presente al mundo a Cristo mismo, mediante el testimonio personal. ¡Éste es el desafío, ésta es la tarea primaria de la vida consagrada!*» (VC 72b).

Según la Exhortación, hay una estrecha relación entre el modo de ser y el modo de obrar. La identidad en el obrar emana de la identidad en el ser. El documento acepta por lo tanto la validez del clásico axioma: «operari sequitur esse» (el obrar sigue al ser): «Las personas consagradas, por su vocación específica, están llamadas a *hacer sobresalir la unidad (...) entre el ser y el obrar, evidenciando que el dinamismo emana siempre del primer elemento del binomio*» (VC 81a).

El Papa subraya que la misión de los consagrados es una «*especial misión*» (VC 17a; 35c). Desde el punto de vista evangélico, tal peculiaridad consiste sobre todo en la peculiar participación de las personas consagradas en la misión de Cristo, «*el Apóstol del Padre*» (VC 9b) o «*misionero del Padre*» (VC

¹ ÁNGEL PARDILLA, *Vita consecrata per il nuovo millennio. Concordanze, fonti e linee maestre dell'esortazione apostolica Vita Consecrata*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2003, p. 1389-1391.

VC 22a; 77), «mandado al mundo» (VC 72a) o «enviado al mundo» (VC 72c), «enviado en misión» (VC 76): «No se puede (...) negar que la práctica de los consejos constituya *un modo particularmente íntimo y fecundo de tomar parte en la misión de Cristo*» (VC 18d; cf. 25a; 104e). Cuanto más perfecta es la configuración del consagrado para con Cristo-Apóstol, tanto más fecunda se vuelve su presencia apostólica: «Cuanto más uno se deja conformar a Cristo, tanto más se lo hace presente y operante en el mundo para la salvación de los hombres (...). La vida religiosa será por lo mismo *tanto más apostólica cuanto más íntima sea su dedicación al Señor Jesús*» (VC 72d). Cuanto más uno se deje configurar a Cristo-Servidor, tanto mejor se ejercitará el servicio apostólico: «La vida consagrada dice elocuentemente que *cuanto más se vive de Cristo, tanto mejor se los puede servir en los demás*» (VC 76).

Como la «especial consagración», también la «especial misión» (VC 17a) de los consagrados, presenta un doble aspecto bíblico y teológico: el divino o pasivo y el humano o activo. La misión de hecho, es ante todo, un don que procede de Dios; luego, es además una responsabilidad humana y un servicio a los otros. El apóstol o el misionero no se envía a sí mismo, sino que es enviado por el Padre, a través de Cristo en el Espíritu; no crea desde abajo su propia misión, sino que la recibe de lo alto. Por eso, la persona consagrada debe llevar adelante la propia misión con un gran sentido de docilidad y de fidelidad a las disposiciones recibidas. Los destinatarios no son los amos de su misión; sino que ellos deben ser servidos como Dios quiere que sean servidos, lo cual no siempre coincide con la manera con la cual quisieran ser servidos.

Las orientaciones bíblicas y teológicas del Papa, que confirman y refuerzan la enseñanza conciliar, son un antídoto eficaz contra el monolitismo de la misión. A veces, con la buena intención de fomentar el sentido de comunión eclesial, se difunde este sofisma: la misión de la Iglesia es única y, por lo tanto, respecto de la misión no puede existir ninguna diversidad entre los fieles. Es verdad que la misión de la Iglesia es única en el sentido de que ella no tiene otra misión más que la que Cristo le ha encomendado. Y es también verdad que es común a todo cristiano la misión fundamental de vivir y de obrar siempre de modo coherente con las exigencias de la vida cristiana. Pero esto no permite reducir la misión global de la Iglesia a la misión que debe y puede realizar cada persona cristiana, ni permite afirmar que es totalmente idéntica la misión de todos y cada uno de los cristianos. En efecto, así como se da la peculiaridad en la vocación y en la consagración, así se da también la variedad y la peculiaridad en la misión.

Tal como sostiene el Papa, las personas consagradas «reciben *una nueva y especial consagración*» (VC 109b). Asumiendo como propia la misión del Señor, los consagrados anuncian el Evangelio a todos los hombres, cumpliendo una «opción preferencial» (VC 82a) por los «pobres» (VC 82a), «en las múltiples dimensiones de la pobreza» (VC 82a): «aquellos que quieren seguir al Señor más de cerca, imitando sus actitudes, no pueden no sentirse incluidos *en un modo del todo particular*» (VC 82b).

Según las características del carisma del propio Instituto, las personas consagradas expresan con mayor relevancia algunos aspectos de la figura de Cristo misionero. Por ejemplo: algunos consagrados se dedican de modo específico a testimoniar «*la misteriosa fecundidad apostólica*» (VC 8b) de Cristo «*orante*» (cf. VC 8a; 14c; 24b; 32b); otros, inclinándose hacia el sufrimiento humano, ofrecen un límpido testimonio de Cristo, «*divino Samaritano*» (VC 83b), que en su ministerio de misericordia

reveló a la humanidad sufriente el amor misericordioso del Padre; otros, son la presencia viva de Cristo *Maestro* (cf. 96a; 97a).

Conviene revelar la valoración hecha por el Papa sobre el servicio de la educación católica. En los últimos decenios, este apostolado fue sometido a duras críticas. Algunos Institutos, infravalorándolo, lo habían abandonado parcial o totalmente. Lo más extraño está en el hecho de que, en la misma fase preparatoria del Sínodo, algunos religiosos sociólogos, se permitieron profetizar, desde otros púlpitos, que los Institutos religiosos dedicados a este apostolado no tenían ninguna razón más de existir. El Sínodo y el Papa han rechazado con indignación esta visión pseudo-profética, pidiendo con toda energía que se mantenga la plena fidelidad al carisma del apostolado de la enseñanza, porque éste es y continuará siendo importantísimo: «Éste es *uno de los dones más preciosos* que las personas consagradas pueden ofrecer también hoy a la juventud» (VC 96c). El Sínodo y el Papa han hecho notar, por ejemplo, que este apostolado es uno de los métodos más necesarios y eficaces para combatir la miseria y ayudar a los pobres: «Haciendo mía la indicación sinodal, invito calurosamente a los miembros de los Institutos dedicados a la educación a ser fieles al propio carisma originario y a sus tradiciones, conscientes de que *el amor preferencial por los pobres encuentra de suyo una particular aplicación* en la elección de los medios aptos a liberar a los hombres de aquella grave forma de miseria que es la falta de formación cultural y religiosa» (VC 97b).

Las personas consagradas están llamadas a dar una contribución específica a la evangelización: «*La contribución específica de los consagrados y consagradas a la evangelización, está sobre todo en el testimonio de una vida totalmente donada a Dios y a los hermanos, a imitación del Salvador* que, por amor del hombre, se hizo siervo» (VC 76). Este testimonio es también su contribución específica a la misión «*ad gentes*» o misión de primera evangelización: «Las personas consagradas, efectivamente, *tienen el deber de hacer presente también entre los no cristianos* (cf. LG 44; 46) *a Cristo casto, pobre, obediente, orante y misionero* (cf. AG 18; 40)» (VC 77). El Papa, por lo tanto, no es favorable a una forma de enseñanza que destruya la peculiaridad del testimonio de las personas consagradas o ponga en duda su identidad bíblica, teológica y carismática.

DE LA CARTA APOSTÓLICA **MANE NOBISCUM DOMINE** DEL SUMO PONTÍFICE
JUAN PABLO II
AL EPISCOPADO, AL CLERO Y A LOS FIELES
PARA EL AÑO DE LA EUCARISTÍA
Octubre 2004 - Octubre 2005

Acción de gracias

26. Un elemento fundamental de este «proyecto» aparece ya en el sentido mismo de la palabra «eucaristía»: acción de gracias. En Jesús, en su sacrificio, en su «sí» incondicional a la voluntad del Padre, está el «sí», el «gracias», el «amén» de toda la humanidad. La Iglesia está llamada a recordar a

los hombres esta gran verdad. Es urgente hacerlo sobre todo en nuestra cultura secularizada, que respira el olvido de Dios y cultiva la vana autosuficiencia del hombre. Encarnar el proyecto eucarístico en la vida cotidiana, donde se trabaja y se vive —en la familia, la escuela, la fábrica y en las diversas condiciones de vida—, significa, además, testimoniar que *la realidad humana no se justifica sin referirla al Creador*: «Sin el Creador la criatura se diluye»². Esta referencia trascendente, que nos obliga a un continuo «dar gracias» —justamente a una actitud eucarística— por todo lo que tenemos y somos, no perjudica la legítima autonomía de las realidades terrenas³, sino que la sitúa en su auténtico fundamento, marcando al mismo tiempo sus propios límites.

Joannes Paulus PP. II

² Conc. Ecuménico Vat. II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, n. 36.

³ Cf. *Gaudium et spes*, n. 36.